

juristas y los jueces, al dar el *sumum* a cada uno—al individuo y a la sociedad, a los grupos y clases sociales—, hacen realidad concreta esa idea siempre eterna y actual de la justicia.

En primer lugar, hay que «descartar, por infructuosas, las direcciones formalistas que reducen la justicia a un concepto puramente lógico, vacío de contenido»; que la noción de justicia «no puede ser separada del concepto del Derecho, y Derecho y Justicia no pueden ser desligados de la Ética»; que los supremos principios del Derecho natural, base de las normas del Derecho positivo y criterio de su valoración, «son las que han de marcar el contenido o materia de la justicia», destacando entre esos principios los que dan preferencia al valor supremo de la personalidad humana.

«Esperemos—termina el docto maestro—que el Derecho y la Justicia, repletos de contenido moral, lleguen algún día, no muy remoto, a imperar en el mundo.»

EMILIO SERRANO VILLAFañÉ.

CASTEL, Alburey: *The Self in Philosophy*. MacMillan, Nueva York, 1965. 122 páginas.

Esta obra intenta examinar los puntos de contacto que hay entre dos diferentes doctrinas acerca del sujeto humano, estimadas por el autor de excesivamente cerradas e insuficientes. Una es la que lo hace coincidir con su actividad, sustituyendo la actividad al agente que la ha causado, y concluyendo, por tanto, en un total desinterés sobre el agente de esa misma actividad empírica. Otra es el materialismo de considerar única dimensión subjetiva la del proceso de conducta. Ninguna de ambas tendencias hace justicia a la realidad del sujeto humano.

El sujeto humano (*Self*) entraña fundamentalmente los atributos siguientes:

Continuidad de procesos referidos a idéntico agente. Esto es, el principio de la identificación del sujeto consigo mismo.

Sustancialidad, consistente en que el sujeto humano tiene, además de ciertas cualidades, una capacidad anterior de ser poseedor de estas cualidades, capacidad que se define como una sustantividad denominada «persona».

Al tener una sustancialidad se posee algo susceptible de aumento o de disminución, o sea, un conjunto de factores dependientes que pueden progresar o reducirse. Por ello, el sujeto humano es libre y responsable, puede introducir su libre determinación en una serie de causas y convertirse por tanto, parcialmente, en causa de sí mismo y de otras realidades ajenas. Puede almacenar esta experiencia y tratar de aprender el modo de comportarse de la manera más adecuada para completar una perspectiva personal de su existencia en el mundo.

El pensamiento del autor incide sobre la conclusión de que el tema del sujeto humano, como todo tema realmente filosófico, constituye un horizonte vastísimo y, por tanto, abierto a muchas incitaciones, sobre el cual

es preciso vigilar para que no sea yugulado por ninguna simplificación totalitaria.

A. SÁNCHEZ DE LA TORRE.

CORTS GRAU, José: *Los humanismos y el hombre*. Editorial Prensa Española. Madrid, 1967. 274 págs.

En este libro del profesor Corts Grau se recogen una serie de trabajos, discursos y conferencias del autor, algunas de las cuales han sido ya publicadas anteriormente. Diríamos que en todos ellos, o mejor en la obra de conjunto, se revela una clara visión de los problemas de que trata, un enjuiciamiento equilibrado y profundo, cáustico a veces, con una forma de expresión medida y elegante. Pero, sobre todo, vistos esos problemas bajo una perspectiva cristiana a la cual es siempre fiel el autor.

En estos trabajos, ahora reunidos, los temas tienen mayor o menor importancia, mayor o menor extensión, pero en todos hay aspectos actuales, o porque lo son en el tiempo, o porque, siendo antiguos, permanecen, y la perennidad es la mejor prueba de la actualidad.

Queremos fijarnos aquí en uno (ya nos hemos ocupado del trabajo «Los humanismos y el hombre» en otro lugar) que nos parece de mejor encuadre (todos podrían muy bien serlo) en nuestro ANUARIO: el trabajo que dedica a la «Filosofía moderna y filosofía perenne. La filosofía cristiana».

¿Hasta qué punto cabe hablar—se pregunta Corts—de «filosofía moderna»? Hay filosofía en cuanto que hay hombres que en la diversidad buscan la unidad, y en la corriente de la conciencia las esencias, y en la fugacidad del instante un palpito de eternidad. El saber filosófico no sólo elude las medidas de tiempo, sino que absorbe ese tiempo bajo su propia medida filosófica; allí donde la filosofía se convierte en moda, registramos una mixtificación. Pero esto no significa—advierte el autor—que la especulación filosófica haya de quedar relegada a un anacronismo inoperante. Los grandes temas filosóficos están ahí desde siempre y para siempre—Dios, el hombre—, pero «con registros nuevos en cada pensador y atentos al latido del instante». Afirmar que todo está dicho y definido sería una actitud de «pereza mental», pero tampoco conviene «flotar en un afán de novedades que valore la originalidad por encima de la verdad, desvirtuando el sentido mismo de originalidad y degrade el amor a la sabiduría en mera curiosidad de bajo vuelo» (pág. 124). Ya advertía de los peligros de esta «novedad insana» (que no contra toda novedad) la encíclica «*Humani generis*».

Caracteriza Corts la filosofía actual por un acusado sentido histórico que va desde una filosofía de la Historia más rigurosa que la del pasado siglo hasta la temporalidad y el relativismo historicista; la reivindicación de las «razones del corazón», que corrientes muy diversas hacen llevar lo humano «muy más allá de la estricta racionalidad»; una atención preferente al hombre «existente» y en su «condición y situación humana»; un neopositivismo extrañado de la metafísica; una filosofía de sentido cris-